

A. Cabanas Oteiza

Elite, 1954-04-10.

Cuando vino a Caracas en 1929, A. Cabanas Oteiza, cofundador de la "Asociación de Artistas Vascos" con Zuloaga, Zubiaurre y Arteta, traía un encargo oficial: los óleos documentales de la puebla de Bolívar que están colgados desde entonces en el Museo Bolivariano.

ACO recibió el encargo por mediación del Dr. Vicente Lecuna, el gran bolivariano que tuvo la suerte de tratar entonces muy íntimamente y cuya reciente desaparición le ha afectado mucho.

Entre lo agradable de estarse aquí y el tiempo que se llevó la exposición que realizó en el Club Venezuela, ACO, que vino sólo para unos pocos días, se quedó cinco meses. Y sin ningún cuadro.

El General Gómez lo recibió en "Las Delicias" con uno debajo del brazo. Enterado de las aficiones del mandatario, agradeció la distinción nacional del encargo bolivariano regalándole un óleo con la figura de un aldeanito vasco sujetando un gallo lustroso, fino pero sin apenas espuelas. Aunque los vascos no conocen las peleas de gallos, el pintor unió el motivo campesino, que es fundamentalmente vasco, con otro apasionadamente criollo.

– Venga a visitarnos otra vez –le dijo el general.

Y ACO regresa con unas canas más, casi medio centenar de lienzos, sus botas un poco gastadas de trotamundos sin remedio y la experiencia preciosa de cientos de exposiciones en todas las latitudes de América. El, que ha pulsado la vida americana por tanto tiempo, llega a una Caracas que: –¡Hay que ver lo que ha "cambio", eh!!...

* * *

ACO es donostiarra clásico. Así lo clasificaría Zataráin, el donostiarra "viejo" que está viviendo su segunda mocedad en Caracas. Nació el día de San Sebastián de 1885 en la calle Idiáquez, al lado de la casa Loidi y Zulaica, donde trabajó más tarde un donostiarra ilustre: el Padre Donosti.

Su padre, don Silvestre Cabanas, llegó como Alférez durante la guerra carlista, y se casó con Ignacia Oteiza, del vecino pueblo de Hernani, donde vivió Víctor Hugo durante algún tiempo. Tuvo cuatro hermanos: José, el mayor; Dolores, Pilar y Francisco, el más pequeño.

La hermosa ciudad veraniega era aún casi un pueblo. ACO iría a la escuela con los bolsillos de su amplio delantal a listas azules y sus pantalones más abajo de la rodilla llenos de manzanas, piedras y tiragomas. El primer maestro que recuerda ya tiene un mote: "Kabuxa", porque era *pequeño y feo* como un pescado de roca muy duro que se pescaba en el muelle. Cuando se comienza a irrespetar al maestro por el nombre es que

hay novillos, palmetas, tinteros llenos de moscas, espaldas escritas con tiza y todos esos episodios tragicómicos de que está llena la historia de las escuelas rurales de fines de siglo. Y aún de un poco más acá, de este siglo atómico, pero sin maestros, escuelas cómodas y métodos adecuados para que los niños comiencen a aprender humanidad y aprendan a distinguir la simpleza de lo que es justo, honrado y verdad de lo que no es eso ni de lejos. Unas veces por miedo al palo, otras por amor a las manzanas coloraditas del campo en verano, ACO tiene en el haber de su contabilidad escolar más "pizarra" (en vasco: *novillos*) que notas de buena atención.

Cuando se le abrió delante, como un susto, el resquicio de su vocación artística, no tenía más que 12 años.

Cuenta ACO que salía de clase jugando a pelota cuando se le escapó una *bolea* y rompió el cristal de la vitrina de un taller de escultura en la calle San Martín. Y corrió. Pero las piernas de Agustín eran más ágiles, o más largas, y le agarró. Después del coscorrón resultó que Agustín, el escultor, era amigo de su papá. Lo llevó a su presencia colgado de la oreja. De aquella reunión improvisada salió la decisión de que era hora de que el muchacho empezara a disciplinarse en el trabajo. Y le metieron de aprendiz en el taller. Y comenzó barriendo.

* * *

Este brujo de la escoba inocente comenzó también a interesarse por el maravilloso misterio de la creación. Cuando empezó a sentir ese comezón tenaz de la inquietud creadora. ACO concurría a las clases nocturnas de la Escuela de Artes y Oficios, una notabilísima institución donostiarra. Recuerda con cariño a profesores como Irureta, que fueron maestros y símbolo de sus ilusiones artísticas.

A ACO le gustaba pintar. Los domingos y días de fiesta se reunía un grupo de aficionados, con Dionixi Azkue, García-Elustondo, y se iban por la ribera del Urumea, por el barrio de Loyola, con sus inquietudes y problemas pictóricos particulares.

A veces improvisaban excursiones más largas, como la que realizó ACO junto con un poeta catalán que vino a San Sebastián, Pujol: como no disponían de dinero y a pesar de eso seguían teniendo las mismas ganas de visitar una exposición que anunciaba la prensa en el famoso Museo "León Bonat", de Bayona, capital vasca del Estado francés, se fueron a pie y regresaron... andando. Tres días para allá y tres días para acá. Para eso hacía falta afición:

– ¡Y tenía 17 años!

ACO comenó a gastar la vida pronto. Tenía aún 19 años cuando vió a una aldeanita de Andoáin a través de los cristales de un taller de costura, en los arcos de la Plaza del Buen Pastor, donde vivía el pintor los sueños de ser famoso, y sin llegar a los 20 se casó.

Su boda con Salomé Erauskin en la famosa ermita del Santo Cristo de Lezo, con el preámbulo de la ruidosa comitiva de diligencias y acordeón a lo largo de los 40 kilómetros que hay de Andoáin a Lezo, fué un acontecimiento.

ACO continuó sus estudios con más ahinco. Concurrió poco después a un concurso para una beca ofrecida por el Ayuntamiento de San Sebastián, consistente en bolsa para

tres años de estudios en la Academia de San Fernando, de Madrid, y la "Academie Julien", de París, y entre 15 aspirantes se llevó la beca.

ACO conoció a Salaverría en París. Ya para entonces tenía el apoyo del Marqués de Cubas, que fué siempre su protector. Disfrutaba, además, de una pensión de la Diputación de Guipúzcoa. Paisanos y jóvenes, los dos pintores hicieron algo más que estudiar pintura, y a los seis meses se habían comido la pensión de un año. Hubo apuros, caseros vigilando las escaleras. Los caseros mal-podían, pero podían, pasarse sin los alquileres de la buhardilla; pero los *reclamos* de comida venían de más cerca... Entonces aprendieron verdaderas lecciones de economía. El ingenio del hambre les hizo descubrir que donde se comía mejor a menor precio era donde acostumbraban comer los cocheros de plaza, los taxistas de entonces que cubrían su cabeza con un imponente bombín blanco. Donde veían entrar un bombín de cochero, allá iban ellos. Y sus boinas negras de vascos aprendieron el camino de muchos bombines blancos...

* * *

De esa época estudiantil, ACO recuerda con más nitidez el efecto de embrujo que le causó el Louvre, y el fantástico atractivo de las exposiciones al aire libre. Entonces exponían cifras que aún no habían trasladado sus ceros de la izquierda a la derecha, como Cezanne, Monet, Renoir, Toulouse-Lautrec, Van Gogh, Degas.

Entonces concurrieron también en la capital francesa valiosas cifras vascas como Zuloaga, Durrío, el magnífico orfebre vizcaíno; el pintor restaurador Arriarán, de quien se decía que falsificaba Grecos indiscubribles; Regoyos, el banquero que introdujo el impresionismo en la península. De éste conservaba ACO muchas cartas que entregó hace poco al Museo Municipal de San Sebastián, donde se exhiben obras de ambos.

A su regreso fundaron en Bilbao la "Asociación de Artistas Vascos", con el objeto de organizar exposiciones y presentar al exterior el movimiento pictórico vasco, entonces en gran auge. Al principio la empresa costó dinero a los artistas. Después, Bilbao se convirtió en un centro artístico de gran valor. Desgraciadamente, después de la guerra civil del 36 se le dió carácter político, el movimiento artístico cerró sus puertas y la "Asociación de Artistas Vascos" desapareció. Como han desaparecido otras hermosas cosas que sólo pueden vivir respirando, como los hombres.

* * *

AMERICA ha sido siempre una meta maravillosa para el vasco, emigrante nato frente al Cantábrico. ACO no podía escapar al sortilegio, y un día embarcó para Buenos Aires con una recomendación de José Aguirre. Expuso en la famosa Galería Witcomb, en la calle Florida. Desde entonces ha venido exponiendo allí cada dos años, desde hace casi 40. En sus constantes jiras por América, ha sido como un emisario que iba a recoger el espíritu de su pueblo, de su raza, y lo iba regando en este continente donde desde tan largo resuenan los apellidos difíciles del vasco como un susurro de trabajo y entereza. Y el emisario fué bien recibido y bien tratado. De más de 40 viajes a América, a ACO le

queda el orgullo de haber visto sus exposiciones inauguradas por presidentes de República, como Irigoyen y Alvear, en Argentina.

– Hay *cosas mías* en todos los museos de Buenos Aires, Rosario, Tucumán; y en muchos de toda América, Filipinas, Japón.

ACO ha dado la vuelta al mundo dos veces, como su paisano Elkano, aunque no tan temprano... Ha expuesto hasta en Bali (Borneo), donde fué de paso para pintar el retrato de Quezón, el presidente filipino.

Ahora expone en el Country Club. Inauguró su exposición el lunes, 5. Acaso falten algunas de sus obras, porque el espacio es reducido y caben pocas. Pero estará en cualquiera de ellas presente el vasco con sus brumas, sus grises, un poco envuelto en su tristeza en invierno, con veranos de tricromía alegre rojo-blanco-verde de los caseríos.

* * *

ACO tiene dos hijos artistas. uno es pintor de gran nombre: Juan Cabanas Erauzkin, quien vendrá al frente de la II bienal de La Habana por los diversos países del continente. Y Angel Cabanas Erauzkin, el concertista de piano que ha dado recitales en toda Europa, ganó el gran premio del Conservatorio de Madrid y actualmente es profesor del Conservatorio de San Sebastián.

Que cuando regrese a Caracas, dentro de 25 años, nos diga como ahora, con ese, su asombro vasco:

– ¡Hay que ver cómo ha "cambiao", eh!!...